

*Biblioteca  
de bolsillo*

**Marie Belloc Lowndes**

**Un Huésped  
Excéntrico**

**NOVELAS  
POLICIALES**

**TEXTOS COMPLETOS**

Un matrimonio de mediana edad que se ha dedicado toda su vida al servicio doméstico posee una casa de huéspedes en Londres. Por diversas circunstancias han tenido problemas económicos y cuando más desesperados están aparece en su casa el señor Sleuth, que es acogido por el señor y la señora Bunting como una bendición: es caballeroso, educado, da poco trabajo y paga anticipadamente. Mientras tanto, la ciudad sigue aterrada por unos crímenes sangrientos que entretienen al señor Bunting como lector de periódicos y de los que están puestos al día por Joe Chandler, policía amigo de la familia y pretendiente de su hija. Una serie de coincidencias hacen que el huésped no les resulte ni tan amable ni tan grato, es más, se convierte en alguien altamente sospechoso.

## NOTA PRELIMINAR

*De ascendencia francesa por su padre e inglesa por su madre, MARIE BELLOC LOWNDES nació en Inglaterra en 1868. Ella y su hermano, el literato Hilaire Belloc, son los únicos descendientes europeos del famoso químico y físico Joseph Priestley que, perseguido por los Torys por haber afirmado que «todos los hombres nacen libres e iguales», se viera obligado a emigrar a América.*

*Las novelas de Mrs. Belloc Lowndes más conocidas, son: Good Old Anna, The Story of Ivy, Letty Lynton y The Lodger, pero es esta última, que ofrecemos al público de habla española con el título de «Un huésped excéntrico», la que ha alcanzado más fama.*

*The Lodger está inspirado en los crímenes tristemente célebres de Jack el Destripador y fue originariamente un cuento breve escrito para una revista ya desaparecida. Más tarde, su autora le dio proporciones de novela y apareció en folletín en el Daily Telegraph, viendo la luz por primera vez en forma de libro en 1913, fecha desde la cual las ediciones se suceden sin interrupción. Además, ha sido adaptado a la escena y filmado dos veces.*

*The Lodger no tiene otra afinidad con el género policial que la circunstancia de girar su acción en torno a una serie de crímenes. Pero, al contrario de lo que acontece en la gran mayoría de las novelas «detectivescas», el lector no es invitado a seguir paso a paso la investigación de esos crímenes, de los cuales, por otra parte, no sabe sino que han sido cometidos.*

*El interrogante que se plantea en The Lodger no es, pues, el obligado «¿Quién?», ni tampoco el «¿Cómo?», vislumbrándose apenas el «¿Por qué?».*

*¿Qué es, entonces, lo que mantiene en suspenso al lector hasta la última línea y que ha hecho decir al crítico y literato Alexander Woollcott que «es el mejor relato de crímenes que haya escrito autor viviente alguno»?*

*Sin duda, la extraordinaria psicología de los personajes, principalísimamente la de Mrs. Bunting, y la atmósfera de horror en que ésta respira desde la noche de niebla en que aloja en su casa a Mr. Sleuth, caballero tan amable y cortés como excéntrico y desconcertante. Otro elemento que influye sobre el lector en no menor medida, es el personalísimo estilo de Mrs. Belloc Lowndes, cuya aparente sencillez es producto de una larga elaboración.*

*En efecto, según propia confesión, Mrs. Belloc Lowndes no cree que haya autor alguno que corrija más que ella sus originales, al punto que su secretaria dactilografía no menos de cincuenta mil palabras, para un relato que, en definitiva, no tendrá más que cinco mil.*

N. del E.

## CAPÍTULO PRIMERO

**R**obert Bunting y Ellen, su esposa, estaban sentados ante los leños que, cuidadosamente apilados, se consumían lentamente en el hogar.

La habitación, si se tiene en cuenta que pertenecía a una casa de un sombrío, si no sórdido barrio de Londres, estaba excepcionalmente limpia y bien dispuesta. Un visitante casual, y más si hubiera pertenecido a una clase social superior a la de Mr. y Mrs. Bunting, al abrir súbitamente la puerta habría pensado que éstos tenían todo el aspecto de un simpatiquísimo y bien avenido matrimonio. Bunting, que estaba recostado en un mullido sillón de cuero, era un hombre de rostro completamente afeitado, de aspecto pulcro, que conservaba aún la apariencia de lo que durante muchos años había sido: un criado que se respeta. En su esposa, que se hallaba sentada en una incómoda silla de alto respaldo, las señales de la pretérita servidumbre eran menos aparentes; pero, de todos modos, se revelaban en su prolijo vestido negro y en sus aún más prolijos cuello y puños. Mrs. Bunting había sido lo que se llama una criada de calidad.

Pero, es en la vida inglesa donde se confirma en general el viejo proverbio de que las apariencias engañan. La habitación en que se hallaban Mr. y Mrs. Bunting era agradable y en el tiempo en que habían hecho su elección – ¡cuán lejano parecía ahora!– ambos se sintieron orgullosos de ella. Todo en la estancia era sólido y duradero, bien

que cada pieza fuera adquirida en la subasta de una casa particular.

Así, las rojas cortinas de damasco que interceptaban la pesada atmósfera de Marylebone Road, habían costado una bicoca, pese a lo cual podrían durar treinta años más. Otra ganga había sido la excelente alfombra de Axminster que cubría el piso, como también el sillón en el que Bunting estaba ahora sentado, inclinado hacia adelante, con los ojos clavados en el hogar. En verdad, ese sillón por el que pagó treinta y siete chelines había sido un antojo de Mrs. Bunting, quien deseaba proporcionar a su esposo un asiento confortable donde poder descansar de su larga jornada. Precisamente el día anterior, Bunting había tratado de venderlo, pero el interesado en la compra, adivinando sus apremiantes necesidades, sólo se mostró dispuesto a pagar doce chelines y seis peniques. Eso les decidió a conservarlo.

Pero ambos aspiraban a algo más que a los goces materiales, por mucho que éstos sean apreciados por todos los Bunting de este mundo. Así, de las paredes de la habitación pendían borrosas fotografías, cuidadosamente enmarcadas, de los numerosos amos que habían tenido Mr. y Mrs. Bunting, y de las mansiones en que, durante largos años y cada uno por su lado, habían sido felices servidores.

Pero, las apariencias no sólo son engañosas, sino que lo eran más que nunca en lo que a estas desdichadas personas se refiere. A pesar del excelente mobiliario –exterior apariencia de holgura de la que la gente sensata, cuando se ve en dificultades, sólo se desprende en último extremo–, padecían crueles privaciones. Sabían ya lo que era el hambre y empezaban a saber lo que era el frío. El tabaco, última cosa de que es capaz de privarse un hombre, hacía ya tiempo que Bunting lo había dejado. Tanto comprendía Mrs. Bunting el sacrificio de su marido, que unos días an-

tes había salido de su casa sólo para comprarle un paquete de tabaco de Virginia.

Eso enterneció el corazón de Bunting, más que todos los cuidados y el afecto que su mujer le prodigara hasta entonces. Lágrimas de emoción habían asomado a sus ojos y ambos se sintieron, dentro sin embargo de la frialdad de maneras que les era peculiar, más atraídos el uno hacia el otro.

Afortunadamente, él no pensó —¿cómo hacerlo con su lento y perezoso cerebro?— que su pobre Ellen tuviera que lamentarse después amargamente de haber gastado esos cuatro peniques en tabaco, cuando habían llegado al límite que separa a los que se sienten seguros, si no felices, de la muchedumbre indigente que, ya por ineptitud, ya por las extrañas condiciones en que nuestra sociedad se halla organizada, se debate desesperadamente hasta morir en el asilo, el hospital o la prisión.

Si los Bunting hubiesen pertenecido a una clase inferior, si hubieran formado parte de esa enorme multitud a la que muchos llamamos «los pobres», no les habría faltado la ayuda de vecinos caritativos; y lo mismo habría ocurrido si hubiesen nacido en esa clase presumida, aunque carente de imaginación, a la que habían servido durante tantos años.

Sólo había una persona en el mundo que podía prestarles ayuda. Era ésta una tía de la primera esposa de Bunting. Con ella, viuda de un hombre de posición holgada, vivía Daisy, única hija que tenía Bunting de su primer matrimonio. Durante los últimos dos interminables días, éste había estado tratando de determinarse a escribir a la anciana, aunque sospechaba que, seguramente, ella respondería con una terminante negativa.

En cuanto a sus escasos conocidos y antiguos compañeros de trabajo, poco a poco habían ido apartándose de ellos. Sólo uno de aquellos amigos iba de cuando en cuando a consolarlos en sus tribulaciones. Era un joven lla-

mado Chandler, de cuyo abuelo, Bunting había sido lacayo hacía muchos años. Joe Chandler, que no había hecho su servicio militar, pues estaba adscripto a la Policía, era, para decirlo de una vez, detective.

Cuando los Bunting alquilaron la casa que, según ambos creían, les había traído tan mala suerte, el marido invitó al joven a que les visitara con frecuencia, pues sus relatos, a menudo emocionantes, valían la pena de ser escuchados. Pero ahora, el pobre Bunting ya no tenía deseos de oír esa clase de historias –historias de seres que habían caído en las redes de la justicia o que habían eludido el fin que, en opinión de Chandler, merecían.

Joe seguía visitándoles una o dos veces por semana, pero lo hacía tan apresuradamente, que no daba a los dueños de casa tiempo de insinuar siquiera una invitación a participar de sus comidas. Más aún, Joe había hecho algo que demostraba que poseía un corazón tierno: ofreció un préstamo al viejo sirviente de su familia, y por último le obligó a aceptar treinta chelines. Muy poco restaba ahora de ese dinero; Bunting apenas podía hacer sonar en su bolsillo unas pocas monedas y Mrs. Bunting sólo tenía dos chelines y dos peniques. Eso, más la suma reservada para el pago de su alquiler, era cuanto les quedaba. Todos los objetos susceptibles de venderse, habían desaparecido. Mrs. Bunting experimentaba horror por la casa de empeños; nunca había pisado una, y había declarado que antes de hacerlo sería capaz de dejarse morir de hambre.

Pero nada había dicho cuando fue notando en su hogar la falta de cosas que ella sabía que Bunting apreciaba, especialmente la vieja cadena de oro de su reloj, que le habían obsequiado a la muerte de su primer amo, a quien asistiera fiel y afectuosamente durante el largo transcurso de su penosa enfermedad. También había desaparecido un alfiler de corbata, de oro, y un anillo, regalos ambos de antiguos patrones.

Cuando las personas están al borde del abismo que separa a los que se sienten seguros de los desesperados, cuando se ven inclinadas más y más hacia la espantosa sima, son capaces, por locuaces que hayan sido, de sumirse en largos silencios. Bunting había sido siempre un hombre conversador, pero ahora no hablaba, y tampoco lo hacía Mrs. Bunting, quien, por lo demás, era, por hábito, persona de pocas palabras. Tal vez fuera esta virtud la que atrajo a Bunting desde el momento que la conoció.

Ello ocurrió así: una dama lo había tomado como mayordomo, y el hombre a quien iba a reemplazar le estaba mostrando el comedor de la casa. Allí, para decirlo con sus propias palabras, descubrió a Ellen Green, llenando cuidadosamente el vaso de Oporto que su ama bebía todas las mañanas a las 11.30. Cuando el nuevo mayordomo la vio tapar otra vez cuidadosamente la botella y colocarla con igual atención en el aparador, dijo para sí: «Ésta es la mujer que me conviene».

Pero ahora, el mutismo de Ellen irritaba al desdichado Bunting. Ya no tenía deseos de recorrer los pequeños comercios cercanos, a los que favoreciera en días más prósperos; y Mrs. Bunting, por su parte, también iba espaciando más sus salidas, y sólo lo hacía para comprar los comestibles estrictamente necesarios para no morir de hambre.

\* \* \*

De pronto, rompiendo el silencio de aquella obscura tarde de noviembre, se oyó el rumor apagado de pasos apresurados, y, en la calle, gritos agudos: los muchachos vendedores de diarios voceaban la última edición de los de la tarde.

Bunting se revolvió inquieto en su asiento. Después de su tabaco, ninguna privación le resultaba más amarga que la de su periódico. Éste era un hábito más viejo que el del

tabaco, pues, como es sabido, los criados son todos grandes lectores de diarios.

Al penetrar los gritos a través de los cristales y de las espesas cortinas de damasco, Bunting sintió de pronto verdadera hambre de lectura.

Era vergonzoso –terriblemente vergonzoso–, que no supiese lo que ocurría en el mundo. Únicamente los criminales son mantenidos en la ignorancia de lo que sucede fuera de su prisión. Aquellos gritos, aquellas voces estentóreas presagiaban que algo realmente fuera de lo común había ocurrido, algo que seguramente le haría olvidar, aunque solo fuera por un momento, sus propias penurias.

Se levantó, y acercándose a la ventana más próxima, prestó oído. Por sobre la confusa algarabía, oyó claramente la palabra «asesinato».

Lentamente, el cerebro de Bunting fue ordenando el sentido de los confusos pregones. Sí, eso era, «¡horrible asesinato en St. Pancras!» Bunting recordó vagamente otro, cometido cerca de St. Pancras –el de una anciana que había perecido a manos de su criada–. Había tenido lugar hacía muchos años, pero su recuerdo se mantenía vívido en su memoria, por el especial interés que despertara en la clase a que él pertenecía.

Los vendedores de diarios –pues, cosa extraordinaria en Marylebone Road, eran varios– se acercaban más y más; ahora sus voces decían otra cosa, pero él no podía distinguir las palabras. Entre todas, sólo pudo entender claramente: ¡El Vengador! ¡El Vengador reaparece!

Durante los últimos quince días, cuatro extraños y brutales asesinatos habían sido cometidos en un área relativamente reducida de Londres.

El primero no había despertado especial interés, y hasta el segundo había merecido, en las columnas del diario que Bunting aún compraba, sólo un párrafo insignificante.

Luego vino el tercero –y con él una ola de intensa excitación– pues, prendido al vestido de la víctima (una desdi-

chada mujer alcoholizada), se había encontrado un pedazo triangular de papel en el que se veían, escritas en tinta roja y caracteres de imprenta, las palabras:

### «EL VENGADOR»

Entonces supieron, no sólo las personas cuya misión es investigar tales terribles sucesos, sino también el vasto mundo de hombres y mujeres a quienes interesan vivamente esos siniestros misterios, que un mismo delincuente era el autor de los tres crímenes; y antes de que ese hecho extraordinario hubiese tenido tiempo de apoderarse de la mente del público, otro crimen se produjo, y de nuevo el asesino se había preocupado de hacer saber que una oculta y terrible ansia de venganza le poseía.

Todos hablaban ahora de «El Vengador» y sus crímenes. Hasta el hombre que todas las mañanas dejaba una botella de leche a la puerta de los Bunting, había hablado con éste, ese mismo día, acerca de ellos.

\* \* \*

Bunting se acercó de nuevo al hogar y miró a su esposa, dando muestras de cierta excitación. Observando su rostro pálido e indiferente, su mirada de cansancio y su aire abstraído, una ola de irritación le invadió y sintió deseos de sacudirla.

Ellen apenas se había tomado la molestia de escucharle cuando aquella mañana, al volver a acostarse, le repitió lo que le había contado el lechero, y no sólo se había mostrado un tanto disgustada, sino que le dio a entender que a ella no le importaban esas horribles historias.

Resultaba curioso que Mrs. Bunting, que se recreaba con los cuentos patéticos y sentimentales y escuchaba con íntimo gozo los detalles de una ruptura de noviazgo, rehuera los relatos violentos. En los viejos y felices días en que podían comprar un diario, ¡ay, y hasta más de uno al día!,

a menudo Bunting había tenido que ahogar su interés por algún excitante «caso» o «misterio» que le proporcionaba recreo mental, porque cualquier alusión a él incomodaba vivamente a Ellen.

Pero ahora se sentía demasiado abatido e insensible para preocuparse de lo que ella pudiera pensar.

Se apartó de la ventana y se dirigió lentamente y con paso inseguro hacia la puerta; al llegar allí, dio media vuelta y en su redondo y afeitado rostro se reflejó una expresión semejante a la del niño a punto de hacer una travesura en presencia de sus padres.

Pero Mrs. Bunting permaneció tranquila; sus escuálidos hombros se irguieron en el respaldo de la silla, y se quedó sumida en sus cavilaciones.

Bunting dio otra media vuelta, abrió la puerta, cruzó rápidamente el oscuro pasillo —desde hacía algún tiempo no encendían la lámpara de gas—, y abrió la puerta principal...

Recorrió la corta vereda embaldosada, y abrió de par en par la puerta de la verja sobre la húmeda calle; pero allí vaciló. Las monedas de su bolsillo parecían haber disminuido, y pensó con tristeza en lo que Ellen era capaz de hacer con cuatro peniques.

Un muchacho se acercó corriendo, los diarios de la noche bajo el brazo, y Bunting, tentado, cedió.

—Dame el *Sun* —dijo con aspereza—. El *Sun* o el *Echo*.

El muchacho, deteniéndose apenas para respirar, meneó la cabeza.

—No me quedan más que diarios de un penique —dijo—. ¿Cuál quiere, señor?

Con un interés mezclado de vergüenza, Bunting extrajo un penique de su bolsillo y tomó un diario —el *Evening Standard*—, de la mano del muchacho.

Luego, a paso muy lento, cerró la puerta de hierro y volvió por el sendero enlosado, tiritando, pero lleno de anticipado gozo.

Gracias al penique gastado tan imprudentemente, pasaría una hora feliz, olvidado por un momento de su miserable situación. Le irritaba, sin embargo, pensar que ese momento de desahogo no pudiera ser compartido con su pobre y agobiada mujer.

Un sentimiento de malestar, de remordimiento casi, se apoderó de él. De seguro Ellen no habría gastado un penique para ella —él lo sabía perfectamente—; y si no hubiese sido por el frío y la niebla, habría vuelto a salir y, parado bajo el farol de la calle, habría disfrutado allí de su ingenuo placer. Temía afrontar la mirada de los fríos ojos azul pálido de Ellen. Esa mirada le diría que había hecho mal en gastar un penique en un diario, y que eso él lo sabía de sobra.

De pronto, se abrió la puerta frente a él, y oyó una voz familiar que le decía, con tono entre inquieto y exasperado:

—¿Qué diablos estás haciendo ahí afuera, Bunting? ¡Vamos, entra! Vas a pescar un constipado. No quiero que caigas enfermo —raramente había ella dicho, en los últimos tiempos, tantas palabras seguidas.

El hombre cruzó la puerta de su triste morada.

—Salí a comprar un diario —dijo hoscamente.

Después de todo, él era el amo. Tenía tanto derecho a gastar el dinero como ella, y para el caso, el poco que ahora tenían se lo había prestado, más aún, lo había obligado a tomarlo —a él y no a Ellen— el honrado Joe Chandler. Y él, Bunting, había hecho todo lo que había podido, esto es: empeñado todo lo empeñable, mientras que Ellen —pensó con cierto resentimiento— usaba aún su anillo de bodas.

Pasó frente a Ellen con paso lerdo, y aunque ella nada dijo, sabía que le reprochaba el placer de que iba a disfrutar. Luego, lleno de furia contra ella y de desprecio por sí mismo, y permitiéndose el lujo de un suave, muy suave juramento —Ellen había establecido claramente que no per-

mitiría las palabrotas en su presencia—, encendió la lámpara del pasillo a todo gas.

—¿Cómo vamos a conseguir un pensionista, si ni siquiera pueden ver el cartel? —dijo irritado.

No le faltaba razón, pues ahora, encendida la luz, el oblongo cartel, aunque no la palabra «Habitaciones» impresa en él, podía verse claramente, fijo en la banderola de la puerta principal.

Bunting entró en la sala, seguido de su silenciosa esposa, y sentándose en su mullido sillón, atizó el escaso fuego del hogar. Era la primera vez que Bunting atizaba el fuego desde hacía muchos días, y el ejercicio de esta marital autoridad le hizo sentirse más dueño de sí. Algunas veces el hombre debe hacer valer su autoridad, y Bunting no lo había hecho lo bastante en los últimos tiempos.

Un leve rubor cubrió las pálidas mejillas de Mrs. Bunting, poco acostumbrada a ser tratada de esa manera, pues Bunting, cuando no perdía los estribos, era el más amable de los hombres.

Ellen comenzó a moverse de un lado a otro de la pieza, limpiando aquí alguna imperceptible capa de polvo, arreglando allá la posición de un mueble.

Pero sus manos temblaban —de excitación, de compasión por sí misma, de enojo—. ¿Un penique? ¡Era terrible, terrible tener que preocuparse por un penique! Pero habían llegado al extremo de lamentarse por una suma tan ínfima. Era extraño que su esposo no se diera cuenta de ello.

Bunting volvió la cabeza una o dos veces; habría querido pedirle a su esposa que dejara de importunarle con sus idas y venidas, pero era amigo de la paz, y ahora, tal vez, estaba un poco avergonzado de su conducta. Se contuvo y poco después su mujer, por propia decisión, cesó en su trajín.

Pero Mrs. Bunting no tornó a su asiento, como su esposo lo hubiese deseado. El espectáculo de su marido ab-

sorto en la lectura la irritaba, y la incitaba a alejarse de él. Abriendo la puerta que separaba la sala del dormitorio, ocultó a su vista la figura de su marido, leyendo a la ahora viva luz del fuego el *Evening Standard* extendido frente a él, y fue a sentarse en la fría obscuridad de la alcoba, oprimiendo sus sienes con las manos.

Nunca, nunca se había sentido tan desesperanzada, tan agobiada. ¿Dónde estaba la recompensa de haber sido toda su vida íntegra, concienzuda, respetable? Todo eso la había conducido a su degradante pobreza actual. Ella y Bunting habían ya traspuesto la edad que la gente considera adecuada para un matrimonio que busca plaza de criados, a menos que la mujer sea una cocinera consumada. Pero Mrs. Bunting no lo era. Podía hacer muy bien las cosas más simples, que cualquier pensionista que la suerte le deparara requiriese, pero eso era todo.

¿Pensionistas? ¡Qué tontería haber pensado en tomarlos! Así lo había hecho, sin embargo, y Bunting se amoldó por completo a esa decisión.

Se habían iniciado con una casa de pensión en una playa veraniega, y prosperaron, no tanto como esperaban, pero lo suficiente como para no poder quejarse; luego sobrevino una epidemia de escarlatina, y con ella, la ruina, no sólo de ellos, sino también la de centenares de infortunados. Después siguió un intento comercial que resultó aún más desastroso y que les llenó de deudas a tal extremo, que no podían abrigar la esperanza de cancelarlas y devolver el dinero que, para que se establecieran, les prestara un generoso ex patrón.

Después, en vez de volver al servicio doméstico, como hubiese sido prudente, ya juntos o separados, resolvieron hacer un último esfuerzo, y con el escaso dinero que les restaba, habían alquilado la casa en que ahora vivían en Marylebone Road.

En otros tiempos, cuando ambos llevaban la existencia segura, impersonal y, sobre todo, económicamente fácil,